



Capítulo 248 - La élite de la élite

La multitud se quedó en silencio por un momento, las palabras de Vergil resonaron en el aire pesado del infierno.

Algunos demonios, los más cautelosos, parecían dudar, intercambiando miradas, sopesando la oportunidad que se les presentaba. La idea de atacar a un ser de rango superior, con un poder tan abrumador, no era algo que todos estuvieran dispuestos a arriesgar. Muchos comenzaron a dudar si realmente podrían demostrar su valía o si sería más prudente esperar a ver cómo reaccionaban los demás.

"Los asustó a todos..." murmuró Ada, mirando a su marido en el aire.

"Sí, la mitad de ellos ya están muertos de miedo..." dijo Katharina mientras se sentaba en una silla de playa que había traído consigo.



"¿Cuándo tuviste tiempo para—"

—Viviane —respondió Katharina antes de que Ada pudiera terminar, señalando—. Aquí tienes, una para ti también.

Ada miró hacia un lado y la vio apoyada contra la piedra roja del suelo... "Ha sido más competente desde que el Marido le dio lo que quería", dijo Ada.

"Lo consiguió antes que tú y Roxanne. Es realmente gracioso", comentó Katharina, y el ambiente alrededor de Ada se tensó...

"¿Estás buscando morir?"



—Los hechos son los hechos, no hay discusión. Ahora, fija tu atención en ese silencio de allí: algo está a punto de suceder —dijo Katharina encogiéndose de hombros.

Entre la multitud, un demonio dio un paso al frente. No era tan grande como los demás, pero su presencia era abrumadora. Sus ojos ardían con una intensidad feroz, y su aura latía con una energía cruda y violenta. Sin dudarlo, dio el primer paso.

Con un rugido salvaje, el demonio se lanzó hacia Vergil, su fuerza amplificada por una oleada de furia pura.

El golpe que asestó fue tan rápido y brutal que el impacto hizo que Vergil saliera volando hacia atrás, destrozando kilómetros de tierra y roca con la fuerza del impacto. El suelo a su alrededor se agrietó, dejando un rastro de destrucción a su paso.



La multitud, antes indecisa, estalló de emoción. Si un solo golpe había logrado desestabilizar a Vergil, la batalla parecía haber tomado un rumbo diferente.

"Fue bueno dejar que me golpeará fácilmente; eso elevó su moral", pensó Vergil, sonriendo.

Entonces, como si la batalla hubiera marcado el comienzo, el resto del ejército avanzó, cargando hacia el centro del campo de batalla.

Había un frenesí en el aire.

El sonido de miles de pies golpeando el suelo, mezclado con el rugido ensordecedor de un ejército a la carga, llenó el aire. Las filas de demonios



avanzaban a una velocidad inmensa, cada uno decidido a poner a prueba sus límites, sus poderes, contra quien se había atrevido a desafiarlos.

—Qué mono. —Vergil se levantó, cubierto de polvo, con la mirada más fría que antes. Miró a la horda con los puños apretados y, con una sonrisa letal, abrió de nuevo las alas, desatando una ola de destrucción a su alrededor.

"¿Quieres demostrar tu fuerza?", dijo con voz tranquila, pero con un matiz de amenaza. "Vamos, pues. No te contengas."

El primer grupo de demonios lo alcanzó y comenzó la batalla.

El sonido de las espadas cortando el aire, los choques de poder y los furiosos gritos de guerra se fundieron en un caos absoluto mientras Vergil, con impresionante destreza, aniquilaba demonio tras demonio, con su dominio evidente en medio del tumulto. Pero sabía que esto era solo el principio. La verdadera prueba estaba por llegar.



Vergil permaneció en el centro del campo de batalla, con la mirada aguda y los sentidos agudizados, mientras observaba a los demonios que lo rodeaban. La multitud, antes indecisa, ahora estaba sumida en la adrenalina; los guerreros se lanzaban contra él como si fuera su última oportunidad de gloria.

El suelo tembló bajo sus pasos, el aire estaba cargado con la tensión de una batalla al borde del estallido.

La primera ola de ataques provino de un grupo de demonios de piel oscura, cuyos cuerpos estaban adornados con una armadura brillante forjada en acero infernal.



Se movieron rápidamente, coordinando sus ataques con una precisión que indicaba gran experiencia.

Cuchillas afiladas cortaron el aire hacia Vergil, pero él estaba más que preparado. Entrecerró los ojos, siguiendo cada movimiento, cada destello de acero, mientras, con un movimiento casi imperceptible, esquivaba sin esfuerzo. Las cuchillas fallaron su objetivo, y en respuesta, Vergil avanzó, sus puños generando ráfagas de energía.

Atravesó el aire con su espada y, al impactar, uno de los demonios salió volando hacia atrás; la fuerza del golpe atravesó la carne e hizo temblar el suelo. Pero Vergil sabía que esto no sería suficiente. Percibió algo diferente en la atmósfera: una tensión creciente que indicaba que había algo más, algo que no podía ignorar.

Continuó su ofensiva, abriéndose paso entre los demonios a su alrededor con una velocidad vertiginosa. Cada uno de sus movimientos era una danza mortal, cada golpe meticulosamente calculado para desarmar e incapacitar a sus enemigos. Con cada demonio que abatió, sintió cada vez más la presencia de algo... más fuerte, más siniestro.



El calor del Infierno se intensificó, las llamas ardían a su alrededor mientras aniquilaba a cada guerrero. Podía oír los gritos de los demonios, el brutal fragor de la batalla, pero al mismo tiempo, sentía la energía creciente de un número cada vez mayor de combatientes.

Algunos eran claramente de los más fuertes que el Infierno ofrecía, pero eso no era suficiente para Vergil. Quería más. Quería a aquellos que estaban más allá de los más fuertes. Quería a los que observaban desde lejos, esperando el momento oportuno para actuar.

La élite de la élite.



A medida que la batalla se intensificaba, la energía a su alrededor parecía intensificarse. Podía sentir las miradas sobre él. Sabía que algunos estaban allí solo para observar, para evaluar su fuerza. No eran simples guerreros comunes, sino demonios antiguos, quizás milenarios o más...

La prueba se había vuelto en su contra. Mientras él ponía a prueba a los más débiles, los demás lo ponían a prueba a él, midiendo sus habilidades.

Podía verlo en sus ojos: estaban esperando. Esperando a ver hasta dónde podía llegar.

Vergil sintió un escalofrío al ver a alguien en la distancia. El infierno estaba lleno de guerreros inmensos, pero estos... estos no eran luchadores comunes. Eran los mejores de los mejores. Y solo estaban allí para observar.

Ese pensamiento empezó a atormentarle la mente. Los sentía en cada rincón, en las sombras, moviéndose con una precisión casi sobrenatural. Como si estuvieran estudiando sus debilidades, esperando el momento perfecto para atacar. Podía sentir su presencia, como un ejército de miradas invisibles a punto de caer sobre él. Por muchos demonios que derrotara, la sensación de ser observado nunca se desvanecía.



Entonces, la euforia comenzó a apoderarse de su mente, su voluntad de luchar se hacía cada vez más fuerte. Miró a su alrededor y vio la cantidad de demonios de élite, guerreros que parecían tener un solo propósito: demostrar su fuerza. Eran la élite de la élite, sus habilidades rivalizaban con las suyas, con la mirada fija en él.

Había algo más, algo en su postura, en sus miradas, que parecía... extraño.

A él no le importó.



Si solo estaban allí para observar, que se demostraran en la batalla. ¡Quería luchar! Ya no había lugar para la vacilación.

"¡JAJAJA!!!"

Vergil saltó al centro de la multitud y su espada cortó el aire con precisión mortal.

Se movía como una tormenta, enviando demonios de todas las formas y tamaños a volar por el aire con la gran fuerza de cada golpe.

Extrañamente, su poder parecía aumentar con cada paso; su cuerpo era una imparable máquina de destrucción. El sonido de la batalla resonaba a su alrededor; el aroma a sangre y fuego impregnaba el aire ardiente del Infierno.

Pero en medio de la carnicería, ya no podía ignorar lo que estaba sintiendo.

No sólo la presencia de los demonios observándolo, sino algo más profundo, algo que ardía dentro de su alma.

Ya no se contenía.

Los demonios que lo rodeaban eran un inmenso muro de carne y furia, pero nada podía detenerlo. Sus movimientos se volvieron más rápidos y letales. Con cada golpe, no solo atravesaba cuerpos, sino la idea misma de quiénes eran. No estaba allí para matar indiscriminadamente, sino para borrar a cualquiera que fuera un chiste.

Vergil sonrió ferozmente, con la sangre hirviendo de emoción mientras la emoción de la batalla lo invadía. Esto era lo que había estado esperando. Luchó





contra la élite de demonios comunes, pero el verdadero desafío aún estaba por llegar.

El infierno tenía reglas, incluso en su brutalidad. Los débiles servían, los fuertes gobernaban, pero los verdaderamente poderosos... debían demostrar su valía en todo momento.

El polvo y los escombros de la batalla aún flotaban en el aire cuando lo sintió.

Una presencia densa, afilada como una espada que corta su percepción.

No uno, sino cinco.

Vergil se giró lentamente, sus ojos brillaban con una luz azul helada mientras los nuevos oponentes emergían de la multitud.



No se parecían en nada a los demás.

Su presencia ardía como llamas en la oscuridad: intensa, dominante. La energía demoníaca que exudaban era refinada, controlada, poderosa.

Vergil se humedeció los labios; un escalofrío de placer le recorrió el cuerpo. "Por fin."

Cinco figuras avanzaron hacia el campo de batalla ensangrentado. Sus ojos no reflejaban vacilación ni miedo. No estaban allí para observar ni para probar su fuerza.

Estaban allí para aplastarlo.



Tres mujeres, dos hombres. Nobles entre demonios, y ahora habían dejado de ocultar su verdadero poder.

La primera en moverse fue una mujer alta, de cabello blanco y ojos dorados, vestida con una armadura negra grabada con inscripciones antiguas. Se movía con una gracia letal, mientras su lanza brillaba con llamas negras.

"Pensé que eras lindo... pero es una pena que seas tan arrogante", sonrió ella.

"¿Arrogancia, es eso?" Vergil sonrió, y su poder aumentó aún más.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, se abalanzó. La lanza atravesó el aire: una mancha negra de pura destrucción.

Vergil apenas tuvo tiempo de esquivarlo antes de que la punta le cortara la chaqueta, creando una explosión al impactar contra el suelo.



La fuerza del impacto fue tan inmensa que abrió un cráter enorme, enviando escombros y fuego en todas direcciones.

Pero Virgilio ya se estaba moviendo.

Él giró en el aire y su espada se dirigió hacia su cuello, pero antes de que pudiera asestar el golpe final, otro adversario intervino.

Un hombre alto y corpulento, vestido con una armadura de placas oscuras, con cuernos curvos y ojos carmesí. Blandía un hacha enorme que vibraba con runas brillantes.



Con un gruñido gutural, el demonio blandió su arma, desatando una onda expansiva destructiva. Vergil bloqueó el golpe con su espada, pero el impacto lo hizo resbalar hacia atrás, con los pies clavándose en el suelo.

"Esto se está poniendo divertido", sonrió.

Los otros tres nobles no se quedaron de brazos cruzados.

Una mujer de piel azulada y cabello plateado levantó sus manos, conjurando una serie de orbes llameantes que estallaron en el aire, creando explosiones controladas.

El cuarto oponente, un hombre delgado con garras negras que parecían espadas vivientes, desapareció y reapareció detrás de Vergil, intentando perforarlo con un golpe rápido y preciso.

La quinta, una mujer joven con profundos ojos rojos y una larga katana negra, simplemente se quedó quieta, observando.



Vergil bloqueó el golpe del delgado demonio con su espada, pero al mismo tiempo, tuvo que girar su cuerpo para evadir las explosiones que llovían sobre él.

La presión iba aumentando.

Estaba rodeado.

Virgilio sonrió una vez más.

Esto... Esto fue perfecto.

Levantó su espada y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

El aire explotó a su alrededor.

Con una velocidad absurda, reapareció frente a la mujer que empuñaba la lanza, cortando su espada en un arco devastador. Ella lo bloqueó, pero la fuerza la hizo resbalar hacia atrás, arrastrando los pies por el suelo.

El gigante con el hacha cargó de nuevo, pero esta vez, Vergil se agachó y le cortó las piernas, obligando al demonio a retirarse.

Los otros tres se reagruparon rápidamente, preparándose para otro asalto.

Vergil se sacudió el polvo del hombro y miró a los cinco con un brillo maníaco en sus ojos.

"Esto... esto sí que vale mi tiempo."

Más poder... desató aún más poder...

La batalla apenas comenzaba.

